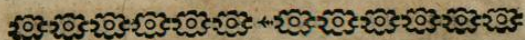


dos los siglos. *Ut optatà cunctis mortalibus pacè fruèrentur.*

La verdad, decia San Francisco de Sales en sus cartas (comparables por su espíritu con las de San Gerónimo, por su sentimiento con las de San Agustín y por su piedad con las de San Bernardo), la verdad que no es caritativa, procede de una caridad que no es verdadera (1). Aprovechaos vosotros, ministros del Altísimo, los que habeis escogido á este glorioso Pontífice por vuestro protector y modelo, aprovechaos de sus lecciones é imitad sus exemplos. Este es el único medio de reproducir sus sucesos sobre la tierra, y merecer la corona de que goza en el cielo.

(1) Espíritu de S. Franc. de Sales, lib. I.



PANEGÍRICO
DE SAN AGUSTIN,
Obispo de Hipona, y Doctor de la
Iglesia:

PREDICADO

En la Iglesia de los Grandes Agustinos.

Manus ejus contra omnes. El solo contra todos. *Genes. 16. v. 12.*

Cada Santo parece que se distingúe con su cierto carácter. San Pablo es conocido por el Doctor de las naciones, San Atanasio por el terror del Arrianismo, San Chrisóstomo por el oráculo de los Predicadores, San Gregorio Nacienceno por el Aguila de la Teología, San Antonio por el Angel del desierto, San Ambrosio por el Maestro de los Pontífices, y San Bernardo por la vida y alma de los Concilios. Con solo una imágen se acaba el retrato de cada uno de estos héroes christianos; pero para formar el de *San Agustín* es menester jun-

tar todos estos diversos lineamientos. *Manus ejus contra omnes.*

¡*San Agustin!* ¡O qué nombre tan precioso! ¡Cuántos hombres se admiran en él solo! Rayo exterminador de la incredulidad, terror y espanto de las heregias, panegirista de la Religion, doctor de la gracia, luz de los concilios, modelo de los pontífices, prodigio de penitencia, orador sublime, filósofo sutil, teólogo profundo, controversista incomparable, y, en una palabra, ¿qué no es *San Agustin*, ó qué es lo que no ha hecho? Obras brillantes, trabajos infinitos, sucesos admirables, y, en fin, un dichoso conjunto y dechado de todas las virtudes. Mucho he dicho, pero siempre me quedaré corto para lo que debia decir. El fué la admiracion de su siglo, el apoyo de la Iglesia, el defensor de la fé, el oráculo del mundo, y despues de haberse pasado nada ménos que XIII. siglos desde el en que vivió, léjos de haberse obscurecido su reputacion, con el transcurso de tanto tiempo, solo ha servido para sellarla mas bien con la inmortalidad.

¿A dónde me inclinaré yo para componer su elogio? ¡Ah! bien conozco que si me he de proponer una idea correspondiente á este Santo, y á la que tienen de él los sabios que le consultan como á maestro, la Iglesia que consagra su doctrina, los concilios que se arreglan á sus decisiones, y las órdenes religiosas que le respetan como á su legislador; era menester representárosle á un mismo tiempo que un Apóstol, un Doctor, un Pontífice y

un

un Santo, con quien solamente tiene la Religion bastante para contrarrestar á todos sus enemigos. *Manus ejus contra omnes.*

Agustin solo, es capaz de contrarrestar á todos los enemigos de la Religion. *Punto primero.*

Agustin solo, triunfa de todos los enemigos de la Religion. *Punto segundo.* AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

¿Qué héroe christiano mas capaz que *San Agustin* para contrarrestar por sí solo á todos los enemigos de la Religion? ¿Quién mas capaz de instruirles con su penitencia, de combatirles con sus talentos, y de confundirles con su autoridad? *Manus ejus contra omnes.*

En los grandes hombres, tanto sus virtudes como sus vicios instruyen. Sus vicios hacen ver al mundo que es de hombres el errar, y que no pocas veces el que es mayor tiene mayores flaquezas y defectos. La flaqueza humana por todas partes se encuentra. Sus virtudes enseñan al mundo, que si el hombre se entrega á los malos pensamientos, á las pasiones deleytables, y muchas veces á los delitos mas criminales y odiosos; tambien es propio del hombre grande el combatirles, vencerles y repararles. La prueba mas patente de esta eterna verdad será nuestro *Agustin*. Yo, christianos oyentes, no haré una halagüeña descripcion de sus extravíos. Estos solo sirvieron para dar un nuevo resplandor á su santidad. Su penitencia es instructiva.

I 2

La

La humildad, pues, es el principio de la penitencia de *Agustin*. Con ella remedió sus criminales extravíos. Que se presenten aquí esos espíritus sistemáticos, esos apóstoles de la incredulidad, esos pretendidos espíritus fuertes, que intentan sujetar las augustas verdades de la fé á las débiles luces de la razon: que se presenten norabuena y les dirá, que el no guiarse mas que por sí mismos, es exponerse al peligro casi inevitable de tomar el error por la verdad, lo malo por lo bueno. Nuestro amor propio y nuestro orgullo es el origen de todas las ilusiones.

Desde luego tuvo *Agustin*, aunque con no poco espíritu, mucho amor propio. Codicioso de una gloria mundana y engañosa, demostraba con ella sola su ambicion. El pomposo título de sabio, bastaba para lisonjearle y seducirle. Para alcanzarle, todo lo quería saber y lo erraba. El mismo se pinta semejante á una frágil navecilla, que anda vacilando sobre una mar tempestuosa y no encuentra por todas partes sino escollos donde estrellarse. En efecto, pasaba de sentimiento en sentimiento para buscar la verdad; pero nada le hacia detener, ni en nada se fixaba. Como si fuera un discípulo de Pirron, se deleytaba siempre con nuevas dudas; pero á la verdad no tardaban mucho tiempo en importunarle y desasosegarle. Como discípulo de Epicúro, erigía altares al deleyte y á la liviandad, pero no tardaba en llenarse de remordimientos. Como discípulo de Mánes, se ofuscaba en el sistemático absurdo de dos principios, que siem-

siempre chocan y jamas se destruyen; pero no tardaba en percibir la debilidad é inconstancia de este sistema.

En este tiempo ya hablaba con admiracion de todos sobre los brillantes teatros de Cartago y de Roma. Aunque lisonjaban su ambicion, nunca se satisfacía su vanidad. El hombre siempre lleva sus deseos mas allá de sus sucesos.

Tal era *San Agustin* quando estaba entregado á sí mismo. ¿Qué vendrá á ser por medio de la gracia? Desde el instante mismo en que se mudó y fué penitente, no se veía ya en él sino un hombre que con un santo y laudable zelo procuraba humillarse á los ojos de los demas, haciendo que fuesen sus admiradores con una brevedad inexplicable.

Cierto es, que habia deseado resonase su gloria por todo el Universo; pero tambien se propuso instruir en todos tiempos con sus humillaciones.

Con el utilísimo libro de sus confesiones lo intentó hacer (1). Libro en donde al presente se ven pintadas las antiguas y deplorables flaquezas: libro en donde el espíritu desengañado reflexiona sobre las ilusiones que le asaltan y combaten: libro en donde el nuevo hombre aprende á castigar la vanidad del viejo en que gemía: libro en donde la modestia no sabe ocultar nada á la verdad para dexar aun algun recurso al amor propio: libro en donde el corazon penitente se repre-

(1) Confesion de S. Agustin.

senta los yerros y las prisiones que se habia forjado miéntras se dexó seducir, regándolas despues con sus lágrimas. ¡O libro inmortal! imágen de la sinceridad, fruto del arrepentimiento, modelo de la humildad, milagro de la penitencia. Libro por el que nuestro Santo es otro tanto mas admirable, en quanto estaba mas distante de hacerse admirar con una obra semejante. No buscaba otra cosa que su humillacion, ni trabajaba sino para la gloria. Gloria que este Héroe habia obscurecido, tanto con los extravíos de su corazon, como con los errores de su entendimiento.

¡O mundo profano! ¡desde luego me persuado, que hubieras tenido tal vez una criminal complacencia en seguir á *Agustin* por el camino fatal por donde la embriaguez de sus pasiones le precipitó tantas veces! Pero repara, repara lo que era, y toma exemplo de lo que llegó á ser. Quando la falsa idea de libertad é independencia favorecia sus costumbres y agradaba la pesadez de sus grillos; quando en el seno de la indolencia gustaba de los placeres que una delicadeza ingeniosa sabia sazonar, renovar y hacer siempre mas interesantes y apetecibles; demostró al mundo, que el mas grande corazon se detiene muchas veces en los mas pequeños objetos. Esta es la debilidad del hombre á quien imitas. Mas quando le veas triunfar de tantos objetos seductores, y quando le veas mandar y sujetar á sus pasiones, sin duda le aplaudirás su valor, aunque tal vez no le imites.

Ya se acercaba el feliz momento en que ha-

habia decretado el cielo la mudanza de su vida. No estaba ya suspendida la victoria por mas tiempo, sino porque fuese mas brillante. Sin embargo, aun en este caso vacilaba *San Agustin*. Quería, y luego dexaba de querer. Formaba una idea, y al instante la destruía. Proyectaba, y se retardaba en la execucion del proyecto. Prometia, é inmediatamente se retractaba. Siempre estaba incierto, vario y mudable. El espíritu se le oponia al corazon, y el corazon al espíritu. En una palabra, *Agustin* chocaba contra *Agustin*, y al disiparse una duda renacia otra. El amor y el odio, la resolucion é irresolucion, la verdad y la mentira, la virtud y la pasion, entregaba, decia él, su alma agitada á las inquietas transportaciones de mil sentimientos contrarios.

Suspiraba *Agustin*, *suspirabam*, gemia Mónica, exhortaba Ponticiano, y representaba Alipio. Del mismo modo que el rayo penetra un árbol, penetraba á nuestro Santo la relacion de las virtudes de Antonio. Se le figuraba que oía una imperiosa voz que le decia: toma y lee: *tolle, et lege* (1). En efecto, tomó y leyó. ¡O Cielos! ¡Qué impresion tan viva hizo en él la tierna doctrina de San Pablo! La Gracia era quien le hablaba por los escritos de este grande Apóstol. No hay que temer de que empezada la conquista tarde ya mucho en acabarse. Ella misma es quien conduxo á nuestro Héroe á Milan.

Aunque en Cartago y Roma habia encon-

(1) *Aug. libr. Conf.*

trado siempre maestros del vicio y del error, no dexó tampoco de hallar en Milan un apóstol de la verdad y un modelo de todas las virtudes. Era un sabio y humilde pontifice que, aunque habilísimo en dirigir y gobernar los espíritus, lo era mucho mas en amaestrar los corazones por el inocente atractivo de sus predicaciones. Atrevido en sus empresas y firme para mantenerlas: capaz de resistir á las potestades mismas, y de hacer que se rindiese la magestad imperial á las dificultosas leyes de su zelo inflexible: Ambrosio, en fin, el grande Ambrosio era entónces el ornamento y apoyo de la Iglesia, y el oráculo y la luz del Universo.

Baxo los auspicios de esta respetable guia, rompió *Agustin* sus cadenas. Desapareció su inconstancia. Ya no era el mismo que ántes, ¡Qué mudanza tan maravillosa! Aquel cuerpo á quien en otro tiempo idolatraba, llegó á ser la víctima de un millar de martirios diferentes. Ingenioso tirano de sí mismo, imitaba en los piadosos excesos de su penitencia á los finisimos deleytes de sus pasadas liviandades. Los sentidos, el corazon y el espíritu estaban sujetos, cautivos y reprimidos. El mismo se imponia leyes tan rígidas en la observancia, que se excedia en su cumplimiento al que ántes habia dado á las lisongeras y extravagantes leyes que seguia. Al criminal fuego de un profano amor, se siguieron los santos ardores de un amor divino. Su corazon no habia hecho mas que mudar el objeto de su ternura. Dios solo será quien reyne en él en lo succe-

si-

sivo. Todos los pasos de *Agustin* se señalarán con nuevos sacrificios. La caridad que le abraza, hacia que se esparciese su sagrado fuego en todos sus escritos y acciones, no pudiendo ya decidir el mundo edificado, si excedia la ciencia en *San Agustin* á su santidad, ó la santidad á su ciencia.

Así instruis, ó Dios mio, con el exemplo de uno solo á tantos hombres extraviados por los torcidos caminos de la heregia, y á tantos otros que se pierden entre las atractivas sendas del vicio. Aunque estaba *Agustin* fixado dentro del seno de la Iglesia y sujeto á ella, como fluctuaba su corazon entre una multitud de errores, llegó á decir, que no hubiera creído en el *Evángelio* si la autoridad de la Iglesia misma no le hubiese obligado á ello. *Evangelio non crederem, nisi me Ecclesie commoveret auctoritas.* *Agustin*, que era el esclavo de sus pasiones, llegó á ser, no obstante, la conquista de la gracia y el modelo de la penitencia. ¡Ah, cuán poderoso es un exemplo como este! Desde luego me atrevo á decir, que con ménos vicios, y con una virtud mas bien practicada, no hubiera sido *Agustin* tan á propósito para vencer á los enemigos de la Religion. Con la misma penitencia y sin tantos talentos, hubiera sido tambien su exemplo ménos instructivo. Solo es propio del hombre grande dar grandes lecciones. Así como era capaz de instruir á los enemigos de la Religion con su penitencia, así tambien lo era para combatirles y contrarrestarles con sus talentos. *Manus ejus contra omnes.*

La

La Religion, decia *San Agustin* (1), está establecida sobre unos fundamentos inmutables. Sus enemigos podrán atacarla, pero jamas destruirla. En vano se esfuerza el inferno para derribarla con sus redoblados golpes, si estos recargan y se vuelven en contra suya.

¿Cuál era, pues, la triste situacion de la Iglesia en tiempo de nuestro Santo? La idolatría, cuyas cenizas renacian á cada paso, responderá por mí. No se observaba otra cosa que á la heregía sostenida por los potentados, y acreditado el vicio por el contagio del exemplo. Estos eran los males que la afligian, mas para colmo de sus desgracias encontró en Constanzo un verdadero tirano quando debiera haber sido su mayor protector. Este era hijo y sucesor de Constantino el Grande, pero indigno de padre tan religioso. Así gemia la Religion en aquel tiempo, y pedia como de justicia un poderoso socorro. Oyó el cielo sus súplicas, y la deparó á *San Agustin*.

¡Qué ingenio! Como que parece que las sagradas Escrituras nos han bosquejado su retrato. Ingenio maduro y sazonado: *Spiritus intelligentiæ* (2). Nacido con aquella superioridad de talentos que tan poco á poco se descubren en los demas, apenas entró en la carrera de las ciencias, quando por la extension de sus luces, por su acertado discernimiento y por la facilidad de su penetracion, se pue-

(1) Aug. de verb. Relig.

(2) Sap. 7. v. 22.

de decir, que sin aprender nada lo supo todo. Ingenio que reunia quantas partes formaban seperadamente y de por sí un perfecto Orador: *Spiritus disertus* (1).

La naturaleza le habia hecho tan eloqüente, que hasta los maestros mas consumados en el arte de hablar le comunicaban ménos secretas riquezas en esta ciencia que eran los preceptos que recibian de él. Hasta las ciudades mas sabias del Mundo veian que los árbitos de la eloqüencia sacaban de sus obras el arte de pintar los objetos, de animar las imágenes, de expresar los sentimientos y de ennoblecer las ideas. En los aplaudidos panegíricos de Máximo y de Bauton, habia ya juntado nuestro Santo los estudiados adornos de aquella profana eloqüencia que admira por las agudezas del entendimiento, por la sublimidad de los pensamientos, por las gracias del estilo, y por la delicadeza y finura de los elogios. Por todas partes manifestaba el gusto su ingenio. En su persona parecia reproducirse aquel que, siendo único, dió tanto honor al siglo de Augusto, y no se dexará de leer y de admirar en todos los que le sucedan. Pero todo esto no era todavía mas que la aurora que nos empezaba á señalar el sol. Aquel Retórico era un grande hombre sin duda; pero mayor sin comparacion se va á dexar ver nuestro apóstol. Fué destinado *Agustin* al ministerio evangélico, quando Valerio, Obispo de Hipona, se hallaba ya en una edad

avan-

(1) Sap. 7. v. 22.

avanzada. Con este motivo pensaba hacerse con un digno sucesor de su Silla. Exácto apreciador del mérito, le media con sumo acierto, y desde luego advertia en nuestro Héroe todo quanto la Iglesia y él se debian prometer. Se estremecia al entrar en el Santuario, cuya instruccion confió aquel Obispo á su cuidado. En fin, presentóse *Agustin* sobre la Cátedra de la verdad en Hipona, con el mismo brillo y magestad que se habia dexado ver en Constantinopla San Juan Chrisóstomo.

Este estaba en la ciudad imperial delante de las magestades de la tierra, y ponía toda su atencion en la elevacion de las ideas; pero el pueblo donde *Agustin* exercitaba sus talentos, era una ciudad marítima, poco fecunda en hombres eruditos. No obstante esto, les atraía por la noble simplicidad de sus discursos. En Chrisóstomo parecia que se oía á otro Ezechiél: en *Agustin* se representaba el modelo de Habacuc. Aquel se valía de unos rasgos tan brillantes que encantaban: este se limitaba á reflexiones sólidas que instruían. Aquel despedía rayos que amedrentaban: este persuadia y movia. El primero se dexaba llevar de una imaginacion viva, siempre pródiga en sus riquezas: este, avaro, si me es permitido hablar así, del espíritu con que se hallaba para derramar riquezas, no hablaba sino la lengua de los Profetas y del Evangelio. Ambos igualmente propios para defender los derechos de la Religion, la anunciaban con aquella dignidad que siempre deben respetar sus ministros. Eran sublimes, aunque
sin

sin pompa ni vanidad: naturales, pero sin baxeza; y nerviosos, sin valerse del arte: atacando el vicio con fuerza, y pintando la virtud con quantos colores la pudiesen hacer amable, ambos atemorizaban á los pecadores, les confundian y convertian. Sus discursos los coronaban los oyentes, no con los aplausos, sino con las lágrimas, que es el laurel mas lisonjero. A la verdad que yo no me atreveré á decidir, si Chrisóstomo hizo en Constantinopla con sus discursos servicios mas importantes á la Grecia, que *Agustin* con su predicacion en la ciudad de Hipona.

En este grande hombre no se sabia cuál era mas, si la filosofia ó la oratoria. Su espíritu siempre fué filosófico. ¿Quién mejor que él conoció el artificio de un razonamiento justo y victorioso? ¿Quién supo unir mas bien los principios mas abstractos, y descubrirles con aquella precision metafísica, que, esparciendo fecundidad inesperada sobre las materias mas estériles y sobre los objetos ménos capaces de ello, les muestra con tan viva claridad, que por todas partes lleva consigo la evidencia y la conviccion? De los principios que establecia, nacia las conseqüencias que todos abrazaban. No aseguro yo esto porque él lo haya dicho así; pero atendiendo á sus primeras ideas, desde luego puedo caminar en este supuesto sin temor de salir engañado.

Spiritus subtilis (1).

Siendo un Teólogo tan profundo, como sutil

(1) Sap. 7. v. 22.

til filósofo, no es extraño que proporcionase á la Religión dichas hasta entónces desconocidas. Estas tan pronto se lograban con la autoridad de las profecías que establecía, como con el Misterio de la Encarnacion que justificaba. ¡Quánta fuerza tenían sus discursos quando demostraba la divinidad del Christianismo por la resurreccion de Jesu-Christo, y la certeza de esta resurreccion por el mismo establecimiento del Christianismo! Pero ¿qué cosa es la que él no dixo, ó no escribió? Nada habia en el dogma ni en la moral que, por abstracto que fuese, no lo desmenuzase: nada misterioso que no sondease, ni nada difícil que no allanase. La ley y el Evangélio, Jesu-Christo y su gracia, su Iglesia, el pecado y sus conseqüencias y castigo, la fe y sus objetos, la caridad y sus leyes, la penitencia y sus caractéres, la misericordia y sus prodigios: todo, todo, sin distincion, era el objeto de sus sabias discusiones. Y sino, descubridme el punto de Religión que no ha explicado, y os indicaré entónces todos los que él abrazaba, descubria y profundizaba. *Omnia prospiciens* (1).

¿Acaso no es él un controversista el mas ilustrado, fuerte y temible? *Spiritus acutus* (2). Los sistemas mas bien imaginados, los que mas ingeniosamente se anunciaban, los mas tristemente combinados, y los que con mayor cuidado se descubrian, nada tenían que sorpre-

(1) Sap. 7. v. 23.

(2) Ibid. v. 23.

prehendiese á su razon, que excediese á su inteligencia, ni que ofuscase sus luces. Hasta en las tinieblas del error descubria las luces de la verdad. No fué tanto la seduccion de los Manichéos, como las armas que ellos le prestaron para destruírsela y vencérsela. La apariéncia de la verdad le pudo sorprehender alguna vez, pero jamas fixarle ni hacerle conceder. Conocia que la debilidad del error estaba en la variacion, y en ella fué en donde encontró el motivo que le determinó á dexar la heregía.

Ven, pues, oráculo del Manicheísmo, ven tú presuntuoso Rausta, que por medio de una eloqüencia superficial, aunque brillante, sabes encubrir con destreza la ponzoña entre mil flores, y hacer que tus oyentes tomen el lenguaje de la heregía por el de la verdadera fe: ven, y, como tan industrioso intérprete del error, esfuérate para ver si puedes trastornar las penetrantes luces de *Agustin*. ¡Inútiles esfuerzos! ¿Disputa nuestro Santo? pues él le confundirá siempre. ¿Qué no debe esperar la Iglesia de un hombre que, sin mas ayuda que la de su ingenio, penetra el misterio de la iniquidad? ¿Qué de un hombre que anuncia á la estremecida heregía lo que se debe prometer de él, siendo su vencedor, aun quando todavía era su discípulo?

Buscando la verdad con constancia, y siendo bastante feliz para encontrarla, no hay que temer de que se separe de ella jamas. Nunca tendrá otra doctrina que aquella por quien la fe salga su garante. *Spiritus stabilis, certus*

tus (1). Con las mismas verdades combatirá errores diferentes. Defenderá contra los Manichéos los derechos de la libertad, porque estos hereges no ensalzan la gracia sino sobre las ruinas del libre albedrío. Defenderá el poder de la gracia contra los Pelagianos, porque estos no establecen el império del libre albedrío sino sobre las ruinas de la gracia. Pero jamás á costa de esta concederá ninguna cosa á la libertad, ni á costa de la libertad ninguna cosa á la gracia. Siempre firme en sus principios: *Stabilis*, mudará al parecer de sistema, pero no de doctrina. Se valdrá de diversas armas, segun la diferencia de sus enemigos; pero siempre en honor y gloria de la verdad. Así, pues, ¿qué ingenio mas propio para pelear contra los enemigos de la Iglesia que aquel que hasta en sus diversos sentimientos esté siempre conforme con los de ella misma? Siempre será el punto mas esencial sobre el que él se detenga. *Certus*. Si en alguna ocasion se retractaba de sus ideas, no creais que fuese por haberse apartado de la verdad, sino porque no la hubiese hecho comprender á su gusto.

Sobre ser un ingenio verdadero, era tambien universal. Parece que no tenian límites sus talentos. Lo que los mas sabios ignoraban lo sabia él. Hasta sus mayores enemigos se veían obligados á confesar, que juntaba él solo las luces de todos los hombres y de todos los tiempos. Del centro mismo del Paganismo

(1) Sap. 7. v. 22.

salió aquel elogio tan glorioso para *San Agustin*, de que era el padre de los padres, el doctor de los doctores, y la imágen de la Divinidad sobre la tierra. En efecto, todos los que la pueblan se afanan por leer sus obras.

¡Que obras aquellas! Admira su multiplicidad y encanta su hermosura. Ellas son brillantes, sólidas, concisas y conseqüentes, por cuyas circunstancias serán en todos tiempos un seguro testimonio con que se acredite, que jamás hubo hombre que poseyese talentos mas sublimes, mas variados, ni mas universales. Si apenas hay quien pueda leer unas obras tan extensas, ¿cómo es que pudo *Agustin*, entre tantas ocupaciones que á cada paso se le renovaban, formar el plan de todas ellas, y llevar á cabo su execucion? ¿Cómo ha podido darlas aquel punto de perfeccion que las imprime el sello de la inmortalidad? Aun quando no nos quedasen de él otra cosa que sus cartas, me faltarían expresiones para pintar el fuego de su ingenio, los rasgos de erudicion, y los hermosos sentimientos de que estan llenas. Apenas se podrá decidir qual es mas digno de admiracion, su corazon ó su entendimiento.

¿Con qué elogios podria yo adornar su retrato, maxime quando en sus escritos abraza este incomparable Doctor toda la Religion Católica? Con solo el título de sus obras llenaria un discurso. Necesitaria muchos volúmenes para hacer su extracto. Si se leen separadamente, parece que cada uno es el mas útil; y en el conjunto de ellos se encuentra el ingenio

nio mas adornado, la ciencia mas profunda, la piedad mas tierna, la sublimidad que transporta, el razonamiento que convence, lo patético que altera, la delicadeza que agrada, la unción que mueve y la verdad que triunfa. El entendimiento de *Agustin* reunia en sí todos los entendimientos, y su ciencia todas las ciencias: no habiéndose podido saber hasta ahora qual es mas maravilloso en él, si la fecundidad ó la superioridad de sus talentos: *Spiritus qui capiat omnes Spiritus* (1).

Desde luego quisiera que me dixerais, hermanos míos, si habeis encontrado talentos mas á propósito para combatir á todos los enemigos de la Religion. ¿Son estos de un entendimiento vanidoso, y se niegan á creer todo quanto ellos nos dicen? Pues *Agustin* les convencerá. ¿Son de un espíritu rebelde que se desdefia de sujetarse á otro? Pues él los humillará. ¿Son espíritus alucinados con los que se ha sorprendido á la Religion? El los desengañará. ¿Sabios preciados de su sabiduría? El los confundirá. ¿Hombres célebres por su reputacion? El los borrará su fama. ¿Hombres sepultados en las tinieblas del paganismo? El los iluminará. Y, en fin, ¿son hombres que únicamente oponen sus dudas contra la verdad? Pues él los hará que se aseguren de ella. Las opiniones y sistemas, el error, el cisma y la irreligion, todos igualmente encontrarán en él un adversario invencible que les derribará, no teniendo así bien necesidad de otras armas pa-

(1) Sap. 7. 223.

ra conseguirlo que de las suyas propias.

Si *Agustin* es capaz de combatirles con sus talentos, no lo es ménos para confundirles con su autoridad. *Manus ejus contra omnes.*

Los hombres que exceden á los demas por la superioridad del ingenio, tienen precisamente entre ellos un carácter de autoridad respetable. Sus exemplos son contra sus enemigos una prueba triunfante y vencedora. El mismo golpe que quitó á Pablo del judaísmo, le atraxo á este un destructor. En aquel tiempo en que la Grecia se hallaba acosada con mayor artificio, la defendió el cielo con un exemplo vivo y demostrable. Este fué el de nuestro Santo. Yo no creo que para destruir al Pelagianismo, necesite amontonar una multitud de discursos, sacados de sus obras. Este Santo Doctor solamente suministra por sí mismo contra el error una prueba incontrastable, sólida, é invencible. La conversion de este Héroe demuestra á un mismo tiempo la dulzura y el poder de la gracia. La dulzura quando le dispone, le atrae y le determina. El poder quando le persigue, y, sin ser por fuerza, le hace mudar de parecer y de vida. Tal vez no hubiera sido tan á propósito para vencer á los enemigos de la gracia, si ésta no hubiera ántes triunfado de él.

A la fuerza que tiene el exemplo añadamos lo que autoriza el destino. Un ingenio superior es capaz por sí solo de atacar y confundir á sus enemigos. Solo con sus talentos le basta; pero la autoridad del lugar que ocupa parece que aun quando no dé mas fuerza á la

razon la da mayor crédito. Quando la voz del Pontífice está apoyada en la ciencia, puede mas que la del ministro subalterno, aunque sea de ciencia igual. Así como los principales empleos vienen á ser muchas veces un escollo para los de medianos talentos, así tambien vienen á ser para un ingenio sublime la ocasion oportuna de darse á conocer con mas brillantez, y hablar con mayor sublimidad y elevacion. A los buenos talentos solo se les admira en un estado inferior; pero en un puesto elevado se les respeta.

Ya era célebre en Africa el nombre de nuestro Santo ántes que la Providencia le hubiese destinado al Episcopado; pero aun casi se ignoraba en la Iglesia. Los espíritus infernales habian probado ya, digámoslo así, quanto debian temerse de *Agustin*; pero el orgullo no les dexaba percibir en él mas que un rival poco peligroso y temible, como que solo era un hombre sin crédito y sin poder, cuyo único recurso estribaba en la erudicion. Mas apenas fué colocado sobre la silla de Hipona, quando se les representó toda la fuerza de los golpes que iba á descargar sobre ellos. El discípulo de Valero les atemorizaba: el sucesor de Valero les llenaba de espanto. En efecto: ¿quanto crédito daba el Pontífice á nuestro sabio Apóstol? Todo el mundo habia puesto ya los ojos en *Agustin*. El era el apoyo que reclamaban los concilios y el maestro á quien los defensores de la Religion consultaban. Un Pontífice como este era preciso que fuese el oráculo del mundo. Aunque siempre estaba atento á

las

las necesidades de su Iglesia particular, no por eso dexaba de velar sobre los intereses de la Iglesia universal: predicaba la Religion, tanto con sus exemplos como con sus discursos: era sabio en su gobierno, irreprehensible en sus costumbres, firme en sus resoluciones, inagotable en su caridad, poderoso en obras y en palabras, pastor vigilante, padre tierno, solitario por gusto y apóstol por obligacion; armado siempre contra el vicio, el error y la incredulidad, y siempre animado de la noble ambicion de santificar el mundo, y aun mucho mas de santificarse á sí mismo.

Sin duda, un Pontífice de este carácter debia ser un adversario muy temible contra los enemigos de la Religion. Así fué en efecto. Si la verdad le miraba como su apoyo y la Iglesia como su recurso, los enemigos de una y otra le consideraban como un escudo impenetrable á quien no esperaban romper, y como un muro hecho de arena, en el qual se habian de embotar é inutilizar como las balas sus esfuerzos, su ciencia, su audacia y su furor. La autoridad de *San Agustin* era tan poderosa quando él vivia, como lo es despues que ha muerto.

Perdonad, pues, que no os recuerde los pomposos títulos con que la Religion honra sin cesar su sepulcro. Las lumbreras mas brillantes de la Iglesia San Bernardo, San Pedro de Amiens y San Buenaventura convienen en decir, que *Agustin* es el aguila de los doctores, un hombre celestial, el mas sabio de los santos y el mas santo de los sabios. El Angel

K 3

de

de las Escuelas Santo Thomas de Aquino, no hubiera llegado á ser tan célebre en la Iglesia, sino hubiese caminado por los pasos de nuestro Héroe, bien que con método diferente, en las obscuras sendas de la predestinacion gratuita de la Gracia eficiente (1). Que los soberanos Pontífices se hayan impuesto la obligacion sucesivamente de perpetuar la gloria de nuestro Santo; que los concilios han defendido su doctrina contra los hereges que abusaban de ella, y que el de Trento formó tambien sus decretos y anatémas siguiendo los principios, discursos y doctrina de *Agustin*, es constante; no habiendo dexado la Iglesia de renovar en todos los siglos los mismos sentimientos que tenia respecto de él en el tiempo en que por ella le vió pelear y vencer. El concilio de Trento, no dice de él otra cosa que lo que ya habian dicho los concilios de Cartago y de Mileva. Si en el XVI. siglo declaró al Universo Clemente VIII. que en las disputas de la Gracia no se necesitaba otro Juez que *Agustin*; ¿no manifestaron tambien á todo el Mundo en el quinto siglo Inocencio I., Felix, Leon, Hormisdas, Bonifacio y Celestino, que era muy suficiente por sí solo para ahogar y desvanecer los infinitos monstruos del error y de la irreligion?

Los eloqüentes panegíricos que los últimos Padres de la Iglesia han consagrado á su gloria, son verdaderamente unas nuevas pruebas afia-

(1) Mr. de Godeau, Obispo de Vence, en la Vida de *San Agustin*.

añadidas á las que dieron de él los Paulinos, los Prósperos, los Fulgencios y los Posidios.

¿Quantas veces San Gregorio el Magno, oráculo de la Iglesia tanto por su erudicion como por su autoridad, concedió á los escri- tos de *Agustin* los mismos elogios que él recibia de todo el mundo christiano? San Gerónimo, que era la luz de la Iglesia de Occidente y de un ingenio vivo, profundo y brillante: San Gerónimo digo, terror del Pelagianismo, reconocia en él un vencedor. Dexaba, decia aquel santo, de combatir la heregia, por- que encontraba en este un Doctor capaz de extinguirla, y la primitiva fe un apóstol mejor que él para defenderla. *Antiquæ rursus fidei conditorem*. Los santos no envidian los sucesos de los que lo son: se contentan solo con aplaudir sus talentos y respetarles.

Ved ahí, hermanos míos, qual era la autoridad de *San Agustin* durante su vida; pero no juzgueis que despues de su muerte es menos temible á los hereges.

En todos tiempos han procurado estos temerarios producirse baxo la pretendida autoridad de nuestro Santo. Jamas podian haber elegido mejor mecenas. Escudados con las expresiones de que este se sirvió, las quales están aprobadas por los concilios y consagradas por la Religion, creyeron poderse eludir los Luteranos y Calvinistas de las rigurosas exêraciones de la Iglesia. ¡La lástima es que no son estos solos los que lo intentan! Mas esta afectacion de todos los hereges, en querer justificar sus errores con las obras de *San Agustin*,